

SOCIEDAD, ECONOMÍA, HISTORIA Y ANTROPOLOGÍA

Héctor Lindo-Fuentes

Cuando me invitaron a hablar sobre el estado de la historia en El Salvador, comencé a platicar con colegas sobre qué es lo que valdría la pena decir en un tipo de ocasión cómo esta, y hablé con varios en diferentes estados de desarrollo profesional. Fue una muestra un poco aleatoria, dependiendo de los días que estaba en el país, pero sí hablé con varios y una cosa me llamó la atención. Cuando hablamos sobre el estado de la historia en El Salvador el énfasis más que en el tipo de evolución del tipo metodológico-bibliográfico fue una conversación del tipo de los apoyos institucionales y del papel social que está jugando la historia en El Salvador en estos momentos. Del marco institucional en que operan todos aquellos interesados en el pasado. Eso me dio las pautas para las palabras que van a seguir.

Primero quiero referirme a la distancia que hemos recorrido. En 1992 fue el primer Congreso Centroamericano de Historia, en Honduras. El contingente salvadoreño estaba compuesto por cuatro personas: Pedro Escalante Arce; Gregorio Bello Suazo, director del Museo Nacional de Antropología; Adolfo Bonilla, director de la carrera de historia¹; y su servidor. En ese momento no había carreras de historia; el hecho que hubiéramos cuatro salvadoreños ni siquiera quería decir que hubieran cuatro ponencias sobre historia. Parecía, en base a esa muestra, que el estudio de la historia era una preocupación en extremo minoritaria para hombres ahora cincuentones y con pocas habilidades atléticas.

¹Actualmente, Gregorio Bello Suazo y Adolfo Bonilla no ocupan tales cargos.

Si lo comparamos con lo que está ocurriendo ahora, vemos un cambio sustancial. El interés en el estudio del pasado en El Salvador ahora, en mirar hacia atrás es innegable. Se percibe en todo tipo de espacios. Entraré en detalle en la variedad de formas en que la gente está mirando el pasado. Lo haré en detalle, porque nos permite darnos cuenta de que no es un fenómeno casual, que hay algo ahí sobre lo que no hemos reflexionado con detenimiento.

Para comenzar hablaré de las manifestaciones en publicaciones. Tenemos publicaciones de historia académica. Hubo o han habido iniciativas del Estado como el libro *Historia de El Salvador*, en dos tomos, publicado a principios de la década de los noventa. En este esfuerzo considerable participaron historiadores salvadoreños residentes en el país como historiadores de la diáspora, fue un esfuerzo serio por traer un criterio riguroso del estudio de la historia, a pesar de que estaba destinado a ser un libro de texto para estudiantes. Luego la Dirección de Publicaciones e Impresos (DPI) comenzó a publicar una serie de libros de historia, una colección que ha marcado un hito en crear una especie de canon de la historia de El Salvador. Posteriormente, han habido publicaciones universitarias: la Universidad de El Salvador (UES), La Universidad Centroamericana (UCA) han publicado libros de historia de corte académico. Algunas ONG han presentado libros de historia de corte académico, por ejemplo, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) ha publicado y sigue publicando. Han habido artículos en revistas académicas, publicados ahora por hombres y mujeres de diferentes edades con o sin habilidades atléticas: el interés de la historia se manifiesta en grupos más amplios. Además de estas publicaciones de corte académico tenemos una serie de publicaciones de memorias de guerra, tanto de derechas como de izquierdas. En los últimos dos años me han llamado la atención memorias que vienen de la derecha, que están apareciendo con mayor frecuencia. Vemos obras de divulgación no estrictamente académicas, pero que se nutren de lo que hacen los académicos. Tenemos publicaciones independientes con fines más o menos comerciales, historias institucionales de bancas, industrias, municipios que buscan tener monografías locales. Obras que surgen de iniciativas individuales,

personajes particulares que por interés en el pasado escriben y publican, a veces con apoyo institucional. Además tenemos las publicaciones de salvadoreños fuera del país y de extranjeros interesados en la historia salvadoreña. Solo desde el punto de vista del trabajo impreso tenemos una variedad de formas en que se manifiesta el interés por la historia. Además, tenemos reportajes en los periódicos, que cada vez son menos frecuentes, desafortunadamente se concentran en el 15 de septiembres siguiendo una tradición muy salvadoreña que se piensa en la historia solamente el 15 de septiembre y en términos de héroes nacionales.

Hay otro tipo de expresiones de este interés en el pasado. Tenemos exposiciones de mayor y menor calidad. Entre las de mayor calidad se encuentran las que hace el Museo de la Palabra y la Imagen, que de una forma muy imaginativa ha llevado exposiciones con contenido histórico al público en general, a veces en las ferias internacionales otras en pueblos. Tenemos pequeños museos en pueblos sobre temas puntuales como la migración, la guerra, sobre personalidades como Pancho Lara y Salarrué.

Tenemos *blogs*, la historia salvadoreña está sumamente presente en la internet. Hay un par de intelectuales que frecuentemente incluyen temas históricos en sus *blogs*. Tenemos páginas web, páginas de redes sociales donde aprovechan la facilidad para subir fotografías y material gráfico; tenemos cuñas radiales, programas de televisión, *tours* al Cementerio de los Ilustres de San Salvador, por la noche con contenido histórico. De hecho estos *tours* tienen tremenda popularidad, Carlos Cañas Dinarte, el organizador, me decía que tienen una estadística como de 8000 personas que han entrado en este tipo de necrohistoria.

Con lo anterior queda claro que existe un abundante interés por la historia. Esto nos lleva a reflexionar sobre el sitio o falta de sitio que tiene la historia en la sociedad salvadoreña. Cuál es la percepción que tiene la sociedad salvadoreña sobre los usos de la historia. Tengo la impresión de que cuando se le pregunta a un salvadoreño lector de periódicos con cierta educación: ¿Quiénes son los historiadores?, la imagen que ellos tienen es muy diferente de la que tenemos muchos

en esta habitación. Esa historia académica de investigación con rigor de marcos conceptuales para organizar argumentos, que se apoyan en evidencias, y ese debate permanente sobre interpretaciones en que se discute, ¿cuál es el argumento más adecuado?, ¿cuál es el marco teórico más adecuado? Ese tipo de historia académica parece no estar claramente presente en la conciencia de la discusión histórica salvadoreña. Los historiadores académicos, los pocos que existen, están todavía creando una imagen social. A veces esto causa resentimientos. Más de una de las personas con las que conversé me dijeron que los historiadores académicos están creando un «clasismo académico». Están creando jerarquías que antes no existían y que molestan. Los historiadores académicos se quejan de que la historia que llega al público es frecuentemente una colección de anécdotas que convierte a los historiadores en «administradores de nostalgias», frase que me parece muy perceptible de uno de mis colegas. Y algo tienen de cierto, pero estas nostalgias rara vez son inocentes, detrás de estas nostalgias, de estas historias aparentemente superficiales, aparentemente ejercicios de autodidactas hay estrategias complejas. Las iniciativas individuales, iniciativas locales para presentar una cierta visión del pasado son algo que merece mucha reflexión. ¿Qué nos dicen esos esfuerzos por presentar una imagen idílica del pasado con fotografías de construcciones elegantes de principios de siglo, propiedad de cafetaleros que construyeron esa sociedad que a juzgar por esas imágenes es una sociedad muy ordenada, muy idílica que de alguna u otra forma fue irrumpida por realidades inesperadas? o ¿qué nos dicen o nos quieren decir esos esfuerzos locales por reconstruir una narrativa histórica en que los protagonismos locales juegan un papel muy importante? Este tipo de reflexiones se pueden extender a páginas web y a otras formas culturales de mirar hacia el pasado. Inclusive viendo ayer la versión sobre el pasado musical de El Salvador, versiones de El carbonero llevan a pensar en lo poco que se ha estudiado el contexto en que se compusieron estas obras y la imagen que se quería transmitir en estas obras sobre El Salvador de su tiempo y la imagen que queremos compartir ahora con ese tipo de manifestaciones.

Esto me lleva a otro punto. La producción histórica, independientemente de su naturaleza, se lleva a cabo en un contexto institucional muy débil y en un contexto crítico prácticamente inexistente. Claramente, una página web con imágenes de antaño no es lo mismo que el Museo de la Revolución, en Perkín, pero hay muy poco en el contexto crítico salvadoreño que ayude al público en general a reflexionar sobre qué está haciendo cada una de estas representaciones del pasado. Tenemos ejemplos de memorias de políticos que claramente son esfuerzos mendaces por reescribir un pasado que molesta. Tenemos memorias que son claramente contradictorias entre nosotros. En el momento tengo imágenes de memorias de políticos de derechas, pero estoy seguro de que igualmente se da en memorias de políticos de izquierdas. Es ese esfuerzo por reescribir un pasado de una forma que sea más aceptable para quienes somos ahora en el presente. Tenemos narraciones perfectamente contradictorias que coexisten sin que nadie se pregunte el porqué de esas contradicciones, sin que nadie si quiera advierta al público lector: ¡cuando usted lea estas obras se va a encontrar esto o aquello! En resumen, hace falta un aparato crítico, espacios de reflexión para ayudar al público a discernir. No estoy hablando de censuras, no estoy hablando de crear jerarquías, sino que se trata simplemente de que haya suficiente discusión sobre estos temas, para que el público en general a la hora de acercarse a expresiones de reflexión sobre el pasado estén por lo menos orientados.

Hay además un vacío institucional para la reflexión, para el debate y para la producción académica. Si estamos hablando estrictamente del ámbito académico, estamos hablando de un ámbito donde no tenemos editoriales que acepten o rechacen, donde no tenemos *journals*, no tenemos publicaciones académicas donde se practiquen evaluaciones de pares, donde los colegas antes de decir: esto merece publicarse, digan: este es un trabajo valioso pero le recomendaríamos al autor o autora que profundice sobre estos aspectos o le recomendamos al autor o autora que consulte con este tipo de fuentes para presentarle al público algo más completo. Todo ese aparato institucional, que existe en otras partes del mundo, que no es para crear jerarquías, sino para establecer ciertos estándares de seriedad, a veces si se establece para crear jerarquías y aun para venganzas personales pero no voy a entrar a eso.

Si hablamos de memorias o este tipo de publicaciones, no tenemos reseñas de libros, incluso en publicaciones dirigidas a intelectuales, no tenemos un flujo continuo de reseñas de la contribución reciente ni sobre historia ni sobre otros temas. No hay comentaristas culturales o hay pocos, no hay críticas culturales, debates ni espacios para tenerlos. De lo que se trata es de crear una infraestructura que evite que tengamos una aceptación acrítica de todo lo que llega, no todo es igual a todo.

Para el investigador académico en particular, hay otra categoría de vacío institucional que son aquellas instituciones básicas que permiten que uno haga su trabajo y estamos afortunadamente en un sitio que es una pequeña excepción. La Biblioteca del Museo Nacional de Antropología es particularmente útil y abierta al investigador, pero si solamente observamos las asignaciones presupuestarias, y las percepciones que se tienen dentro de la institucionalidad del Estado salvadoreño sobre la Biblioteca Nacional y sobre el Archivo General de la Nación nos damos cuenta de que lo que se ha logrado en esas instituciones es heroico. Realmente, da muestra de que al Estado salvadoreño no le ha interesado en absoluto crear el apoyo necesario para que se reflexione sobre el pasado de una forma seria y congruente. Durante los últimos 190 años, el Estado salvadoreño ha hablado sobre la necesidad de apoyar la Biblioteca Nacional, el Archivo Nacional y no se han visto frutos claros; hay ciertas notas positivas. Por ejemplo, la celebración de los encuentros de historia de El Salvador, los congresos centroamericanos de historia, la creación de la carrera de historia en la UES, la publicación de la colección de historia de la DPI son avances que se han dado y que han tenido frutos tremendamente grandes. Si pensamos en el esfuerzo que se hizo para la celebración de los encuentros de historia y los congresos centroamericanos de historia nos damos cuenta de que los réditos de esa inversión han sido amplísimos, la producción que se ha generado, el entusiasmo entre estudiantes, las redes intelectuales que se han creado han sido tremendamente valiosas; es decir, con poco que se haga se camina mucho.

Ahora tenemos dos iniciativas importantes a partir del Estado que están destinadas a empezar a crear esa infraestructura para el investigador histórico: el Centro Nacional de Investigaciones en

Ciencias Sociales y Humanidades (CENICSH) y La Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Artes, de la Secretaría de Cultura. Estamos celebrando hoy esa gran oportunidad, estamos aquí apoyando esa gran oportunidad. Lo que voy a decir a continuación lo voy a poner un poco en contexto. Tengo gran admiración por estas dos iniciativas y de hecho me unen vínculos de amistad con las principales personas en ambas iniciativas, pero creo que debemos pensar en los peligros de la producción histórica patrocinada por el Estado y espero que tengamos más oportunidad de hablar sobre esto. Un colega me decía al hablar al respecto: «*El que paga por el mariachi, pida la canción*», estaba tratando de transmitir la idea de los peligros de una investigación patrocinada por el mismo de quien se habla. El Salvador no es el primer país donde se establecen institucionalidades para apoyar la investigación; es decir, es posible crear institucionalidades sin que la investigación se politice, sin que se escriba una historia oficial, ni espacios que privilegien a aquellos que están de acuerdo con una visión predeterminada del pasado. Lo que quiero hacer ahora es dar una nota de advertencia amistosa, que al fin ya la he dado en privado, a los organizadores de esta iniciativa, sobre los mecanismos que se pongan en funcionamiento, para patrocinar, para posibilitar un mayor y más profundo estudio de la historia. Estos mecanismos tienen que desarrollarse con vistas a la alternabilidad en el poder; es parte de la democracia, es parte deseable de la democracia que se dé la alternabilidad. Eso quiere decir que partidos que ahora están en la oposición también pueden llegar al poder, que pueden aprovechar las mismas institucionalidades para llevar a cabo otro tipo de agendas. Es de crucial importancia que estas dos nuevas instancias comiencen con buen pie, que coloquen la promoción de la investigación en ciencias sociales por encima de consideraciones que solo favorezcan a un partido; hay que crear espacios donde se pueda hablar más de cinco minutos. El reto es crear en la práctica mecanismos de trabajo que eviten el tipo de problemas que claramente se pueden presentar cuando el Estado patrocina la producción intelectual, la producción artística y de cualquier otro tipo.

Un último reto es el comprender que la creación del CENICSH no es el final de la agenda. El CENICSH es un elemento importante para

apoyar a las ciencias sociales y a la producción histórica, pero todavía faltan otros elementos institucionales en los que el Estado puede jugar un papel importante. Pensemos en la Biblioteca Nacional, en el Archivo General de la Nación, en el uso de las nuevas tecnologías para proporcionar la materia prima para el trabajo del historiador, para crear redes intelectuales que permitan el debate, la creación de revistas académicas, de formas de trabajar que aseguren que haya una reflexión profunda sobre lo que estamos trabajando. Pensemos también en la formación de futuros investigadores. Uno de los peligros de estos tipos de centros es que se conviertan en «corrales de vacas sagradas», que es un peligro que se ha dado en otras partes. Hay que asegurarse de que las diferentes generaciones tengan oportunidades, si ponemos como único criterio de selección para futuros proyectos la excelencia más alta sin crear espacios para que aquellos investigadores que todavía están en formación puedan crecer, estamos cometiendo un error. Por último, yo creo que también se deben crear todo tipo de oportunidades para que los salvadoreños se integren en redes internacionales de intelectuales y en eso creo que hemos caminado un buen tramo.